

FEDERICO SE ENTERA DEL SABADO

Por *Inés Brasier*

JERÓNIMO dejó de rastrillar las hojas para mirar a su primo Federico que había venido a visitarlo por un mes. Algo le pasaba a su primo porque estaba dándole puntapiés a la pila de hojas, esparciéndolas por todos lados.

-Yo no quiero rastrillar hojas. Quiero jugar con el mecano que está en el negocio del tío Juan -respondió Federico frunciendo el ceño.



Mañana es sábado y el viernes yo siempre ayudo a papá ya mamá en todo lo que puedo -explicó Jerónimo.

-En casa yo nunca rastrillo hojas.

-Pero mañana es el día de de canso, y queremos que el patio esté lindo.

-¿El día de descanso? ¿Qué es eso? -quiso saber Federico.

-El día de descanso, o sea el sábado, es el día en que nosotros vamos a la escuela sabática. Por la tarde siempre hacemos algo especial. Mañana...

Jerónimo se tapó la boca con la mano. El había prometido no contar lo que sus padres tenían planeado para que el sábado resultara especialmente atractivo para Federico.

-Bueno, ¿y qué es día de descanso o reposo? -preguntó de nuevo Federico. Debe ser algo especial. Tú has rastrillado todas las hojas y barrido el porche y la acera.

-Claro que lo es -sonrió Jerónimo a su primo. Ven. Ayúdame a juntar las hojas en estos cestos y a llevarlas al montón que luego usaremos como abono. Después desempolvare los muebles.

-Me parece que eso... -farfulló Federico.

-Es divertido cuando... Espera y verás -terminó Jerónimo con una sonrisa.

Finalmente todas las hojas quedaron rastrilladas, el polvo quitado, y llegó la hora de la cena. Federico tomó su tenedor pero se detuvo cuando el tío Juan dijo.

-Inclinemos la cabeza para pedir la bendición.

-Nosotros siempre agradecemos a Jesús por los alimentos -explicó Jerónimo a su primo después de la oración.

Federico se encogió de hombros y comenzó a comer.

Después de la cena la familia cantó cantos que hablaban de Jesús.

-¿Tienes tú un himno favorito que te gustaría elegir? -le preguntó a Federico su tío Juan.

-El único canto que yo sé, que se parece a los que Uds. cantaron, es "Noche de paz".

Después de un rato llegó la hora de ir a la cama. Y cuando el papá de Jerónimo destapó a los

muchachos de mañana y les dijo: "Despiértense, dormilones", a éstos les pareció que había pasado sólo un instante desde que se habían ido a dormir.

-Es de mañana y hoy...

-¡Shhh! -dijo el papá.

-Hoy podemos construir ese puente-sugirió Federico después del desayuno.

-!Oh, no! Hoy es sábado, y en pocos minutos iremos a la escuela sabática. Ven; nos pondremos las mejores ropas.

Los muchachos se vistieron rápidamente y se dirigieron a la escuela sabática. Jerónimo presentó a Federico a los otros muchachos de la clase.

-¿Te gustó la escuela sabática? -le preguntó Jerónimo a su primo cuando regresaban de la iglesia a la casa.

Federico asintió con la cabeza.

-¡oh! ¿Iremos otra vez?

-Claro, nosotros vamos todos los sábados -explicó Jerónimo.

Después del almuerzo y de retirar los platos de la mesa, el papá llamó:

-¿Están todos listos?

-¡Vamos! -exclamó Jerónimo corriendo hacia el automóvil, y Federico lo siguió. Cuando los padres estuvieron acomodados en el coche y el papá se dirigió a la carretera, a mamá preguntó:

-¿Qué cantaremos?

-¿Podemos cantar acerca de Jesús? -preguntó Federico. Esta vez él también cantó un poco.

Pronto el padre detuvo el vehículo junto a un lago que estaba rodeado por grama verde. Los muchachos salieron del automóvil.

-Mira -dijo Federico casi en un susurro-. Allí debe haber como cien aves acuáticas -y se quedó observándolas durante un largo rato.

Era casi oscuro cuando Jerónimo y Federico entraron al coche de nuevo y todos juntos regresaron a la casa.

-Fue lo más lindo que jamás hicimos -expresó Federico-. Me gusta el sábado.

Durante los días de la semana, los dos muchachos construyeron puentes, jugaron con sus tractores y monopatines, pero cuando llegó el viernes, Federico le ayudó a Jerónimo a barrer el porche y la vereda y a desempolvar los muebles.

Quería estar listo para el sábado. El sábado después del almuerzo, el tío Juan preguntó:

-Federico, ¿qué te gustaría hacer hoy?

-¿Podemos ir de nuevo al lago?

Junto al lago, Federico observó otra vez las aves acuáticas y escuchó las historias de la vida de Jesús que el tío Juan relató.

Federico iba cada sábado a la escuela sabática y al segundo servicio de la iglesia. El último sábado que estuvo con ellos susurró al oído del tío Juan:

-¿Me enseñarías a orar como lo hace Jerónimo? Yo quiero pertenecer a Jesús. Cuando vuelva a casa cantaré los himnos de Jesús para mamá y papá y les diré cuán lindo es el sábado.

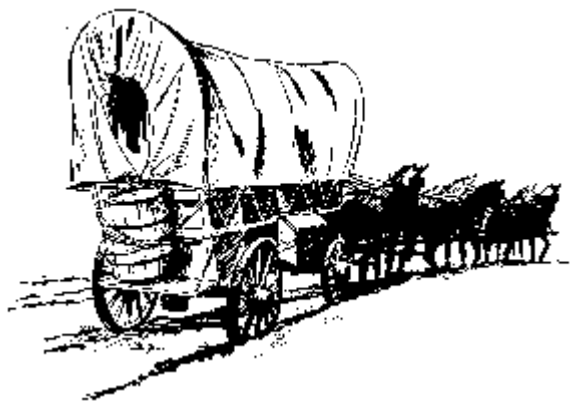
FE EN UN SUEÑO

Por *KAY HEISTAND*

CLAUDIO estaba sediento. Nunca antes en su vida se había sentido tan sediento como en esa oportunidad.

Quitándose el sombrero de ala ancha lo usó para abanicarse. Había comenzado a preocuparse, y al mirar a la Sra. Ware se dio cuenta de que a ella le pasaba lo mismo. El Sr. Ware disimulaba mejor sus sentimientos, pero Claudio estaba seguro de que él se sentía tan preocupado como los demás.

¡Nunca deberían haber permitido que la caravana de carretas continuara sin ellos! Pero, ¿qué otra cosa podrían haber hecho? Claudio se daba cuenta de que algo andaba mal pero, habiendo vivido toda su vida en la ciudad, no sabía qué hacer allí, en el desierto.



Eso ocurría hace más de cien años. Claudio Berwick estaba viajando hacia California con los Ware, unos primos lejanos suyos. El venía de Filadelfia, y todo esto era nuevo para él. Los Ware habían sido agricultores en Illinois y conocían un poco más del oeste.

En alguna parte del suroeste del estado de Utah, a la carreta de Ware se le rompió un eje. La caravana no contaba ya con más ejes de repuesto. La situación era grave y pronto se volvería desesperada. No había cómo reparar la carreta, de modo que el jefe de la caravana y el Sr. Ware decidieron finalmente que los Ware esperarían en el desierto, y que tan pronto como la caravana llegara al siguiente pueblo, el jefe les enviaría auxilio, porque los Ware tenían muy poca agua.

Claudio podía haber seguido con la caravana, pero su espíritu de justicia y su afecto por esos parientes lo decidió a permanecer con ellos.

-¿Qué te parece que habrá pasado? -preguntó Claudio procurando no revelar su preocupación, pues se daba cuenta de que la ayuda debiera haber llegado hacía tiempo.

Jorge Ware sacudió la cabeza.

-Yo no sé, Claudio -dijo mirando a su alrededor para asegurarse de que no lo estaban escuchando su esposa y sus hijos-. El alimento casi se ha terminado y queda muy poca agua en los barriles. Aun cuando los racionáramos... -dijo sacudiendo de nuevo la cabeza.

Claudio trató de tragar saliva. Tenía la garganta seca y la lengua hinchada. En un momento en que nadie lo veía, le había dado su última ración de agua a Isabel, la hijita menor de los Ware.

-No sé qué hacer, si seguir a pie para buscar ayuda y dejarte a ti con los demás, o... -dijo Jorge mirando al joven que tenía la cara enrojecida por el sol, la cual se le había ampollado, pelado, y vuelto a ampollar.

-Lo que tú decidas está bien para mí -le aseguró Claudio en voz baja-. Pero, Jorge, me parece que a los que vengan a rescatarnos les será más fácil encontrar la carreta, que a un hombre solo cruzando el médano.

-De veras, tienes razón -le respondió Jorge que era mayor-. Pero alguien tiene que hacer algo.

Claudio pensó que ahora era el momento de hablar. En una oportunidad anterior, cuando trató de contarle a la Sra. Ware acerca de un descubrimiento que había hecho, ella se limitó a sonreír, y comenzó a cantarle al bebé que tenía en los brazos. Hasta Job, el muchachito de doce años, se rió de él. Pero de

cualquier manera Claudio decidió decírselo al Sr. Ware.

-Jorge, estoy seguro de que desde aquella colina volví a ver un lago que resplandecía a la distancia, bajo los rayos del sol. ¿No podríamos tratar de explorar en esa dirección?

Mirando a su joven primo con lástima, aquel le dijo:

-Claudio, eso no es más que un espejismo. ¿Recuerdas que te hablé de los espejismos? Todos los ven alguna vez en el desierto, pero parece que las personas de mucha imaginación, muy soñadoras... - añadió Jorge sin animarse a terminar la frase.

-¿Cómo yo? -preguntó Claudio un poco molesto, porque toda su vida había tenido que aguantar bromas de esa naturaleza.

-Quizás -le respondió Jorge-, personas como tú, sin mucha experiencia en el oeste, están más expuestas a dejarse engañar por las fluctuantes olas de aire caliente. No es más que eso, muchacho.

-¡Yo no soy ningún muchacho! ¡Tengo 22 años! -le respondió Claudio muy molesto. Luego se apaciguó, avergonzado porque al fin y al cabo ese hombre había sido muy bueno con él.

-Quizás tengas razón, Jorge. Lo siento -dijo a manera de disculpa.

-Yo no confío en ninguna de tus fantasías, Claudio -chanceó otra vez Jorge y poniéndole su pesada mano en el hombro, lo abrazó afectuosamente.

-¿Pero no podríamos ir allá y ver? -insistió Claudio-. Si es un lago podría haber peces. ¡Tenemos tanta necesidad de alimentos y agua! Indudablemente es la mano del Señor que nos señala el camino hacia el agua y la seguridad.

-No, no podemos -y Ware entesó la mandíbula al decirlo-. Es en una dirección opuesta a la que tomó la caravana. Si salimos de aquí, lo haremos en la dirección en que fue la caravana.

Y diciendo así se alejó, y Claudio entendió que el asunto había terminado.

Esa noche cuando se fue a dormir sobre el jergón que tenía tendido de bajo de la carreta, Claudio oró con mucho fervor: "Querido Señor si es tu voluntad, y lo que he visto es más que un espejismo, dame una señal a la mañana. Te lo ruego, dame la fortaleza y el valor de creerlo, y de obrar de acuerdo con la fe que tengo en ti". Entonces, habiendo dejado su problema en las manos de Dios, Claudio se durmió.

Todavía hacía frío cuando se despertó. Todos dormían. Claudio se puso las botas, y después de mirar ansiosamente el barril de agua, volvió su rostro en dirección a la salida del sol. Tuvo la impresión de que no debía decidir nada, sino dejarse guiar por su propia convicción. ¡Y tenía una convicción! Y ésta se fortalecía con cada paso que daba hacia la salida del sol.

Claudio descubrió que era fácil caminar con la brisa fresca del amanecer, y cuando finalmente el sol salió ya se encontraba a buena distancia de la carreta rota.

La Sra. Ware había pasado muy mala noche con el bebé y cuando Claudio se despertó, ella se había quedado profundamente dormida. Su esposo no estaba mucho mejor. La preocupación y la responsabilidad que sentía por su familia desamparada le habían perturbado el sueño y destrozado los nervios y despertó de muy mal talante. A la hora del desayuno los niños clamaban por agua y rehusaron comer la carne seca y correosa que era todo lo que sus padres podían ofrecerles.

Cuando los Ware descubrieron que Claudio no estaba, y vieron sus huellas que se dirigían hacia el este, se imaginaron todo lo demás.

Jorge se enfureció contra el muchacho porque no había tomado en cuenta su consejo. Finalmente, el

llanto de los niños y la cara de sufrimiento de su esposa le hicieron tomar una decisión impulsiva y desafortunada.

Con un sentimiento de desesperación, Jorge recogió los últimos bocados de alimento que les quedaban y una botellita de agua recalentada y anunció su decisión. Seguiría a la caravana. Pero su esposa no lo dejó ir solo. De modo que el grupito partió hacia el Oeste a pie, sintiendo lástima por el pobre muchacho de ciudad, extraviado, que seguramente moriría de hambre y sed.

Claudio apresuró el paso. El espejismo, si acaso era eso, se había intensificado con el sol. El fresco de la noche había desaparecido y el calor de la mañana ampollaba su rostro y lo obligaba a ir más despacio, pero Claudio no se detenía. Su alma, su corazón, su mente, todo su ser era una gran oración a Dios. Su fe en la dirección divina lo envolvía y lo mantenía avanzando.

Cuando las olas de calor, danzantes y deslumbradoras, amenazaban con enceguecerlo, Claudio cerraba los ojos y sus labios partidos y reseco pronunciaban sus oraciones, y seguía avanzando. La cantimplora vacía que colgaba de su hombro le pareció la carga más pesada que jamás hubiera llevado, pero no la tiró. Llevaba también en su bolsillo, con todo optimismo, un alfiler doblado y un cordel.

Tanta era la fe de Claudio, que había ido preparado hasta para pescar en el lago, y llevar de vuelta agua fresca y alimento a sus incrédulos parientes.

A mediodía la marcha se hacía insoportable, pero de tanto en tanto Claudio se arrodillaba y sus oraciones parecían refrescarlo, y luego seguía caminando con la nueva fuerza que Dios le concedía.

Mientras avanzaba, el lago se fue extendiendo y cobró forma y color. En un momento en que casi se desmayó, le pareció como si de pronto la brisa se hubiera refrescado al soplar sobre el agua.

Había transcurrido mucho más de mediodía cuando los enrojecidos ojos de Claudio, azotados por la arena, se abrieron maravillados. Ahora ya no le cabía la menor duda. ¡Su espejismo no era un sueño, sino una realidad!

Ante él estaban las aguas del lago más hermoso que jamás hubiera visto. Sus orillas se veían festoneadas por una banda verde, y las olas acariciaban sus riberas produciendo un sonido musical; el sol se reflejaba en sus aguas, y todo eso significaba para él vida, alimento, y una respuesta a su oración de fe.

Claudio, tambaleante y debilitado, echó a correr. Se arrodilló junto al agua, pero antes de que sus labios tocaran el fluido de vida, cubrió su rostro con sus manos y dio gracias a Dios. Un torrente de lágrimas brotó de sus ojos y recorrió sus mejillas abrasadas por el sol. ¡Oh, Dios era bueno, Dios era tan bueno!

Claudio tomó la precaución de beber lenta y cuidadosamente. Descansó sólo unos momentos para alimentarse con charqui, y reunir sus fuerzas. Luego llenó la cantimplora y emprendió el viaje de regreso a través del desierto hacia la carreta y sus incrédulos compañeros.

En el lago había visto peces, pero no se atrevió a demorarse más. Tenía el plan de traer a toda la familia. Juntos pescarían; los niños jugarían en el agua y la Sra. Ware podría lavar sus ropas.

Aunque tenía los labios partidos y sangrantes, Claudio podía ahora reírse a carcajadas. Ya no sentía la garganta seca ni el corazón angustiado, ni siquiera abrigaba ningún resentimiento contra Jorge por haberlo considerado tonto y soñador. En su corazón sólo había lugar para el amor hacia Dios y hacia sus prójimos; y así fue hasta el fin de sus días.

Era más de media noche cuando Claudio llegó adonde estaba la carreta, la cual encontró ayudado por la luz de la luna. Al verla abandonada, Claudio se imaginó lo que había ocurrido.

Lo embargó una profunda tristeza. Pero comprendió que debía actuar sensatamente. Gateó hasta el jergón que tenía debajo de la carreta, tomó unos sorbos de agua, y oró por los que se habían ido, hasta

que se durmió. Al día siguiente volvió a dirigirse al lago llevando consigo lo indispensable.

Cuando llegó de nuevo al lugar, oró a Dios pidiendo su dirección. Resolvió entonces quedarse al lado del lago donde había abundancia de peces y agua dulce.

Después de un tiempo, pasó por fin otra caravana de carretas que encontró a Claudio a la orilla del lago. Después se enteró de que la caravana anterior había caído en una emboscada de los indios y había sido completamente destruida. Esa era la razón por la cual nadie había vuelto para auxiliar a los Ware. En cuanto a estos últimos nadie supo nada más de ellos. Si hubieran esperado solamente un día hasta que Claudio volviera, podrían haberse salvado, pero no tuvieron fe en el "sueño" de un joven.

Félix lo Pudo... ¿Por Qué no Tú?

Lo conocí en un congreso de jóvenes. Avanzaba por el pasillo del salón en compañía de un escritor amigo nuestro, hacia el lugar donde yo estaba. Al verlo, fue tan intensa mi compasión, que un escalofrío me recorrió la columna vertebral. A medida que se acercaban pude ver mejor su figura pequeña y contrahecha. Sentí que me dolía cada músculo y tendón del cuerpo.

El escritor le dirigía la palabra con amable naturalidad y él le contestaba sonriente. Caminaban despacio, nuestro amigo acomodando el paso al andar del inválido que se apoyaba en sus muletas. Al fin se detuvieron delante de mí. El escritor, sonriendo complacido, me dijo: "Quería tener el gusto de presentarle personalmente al joven Félix Heredia".

Ya Félix había apoyado sobre un asiento la muleta que sostenía su hombro derecho, y me tendía la mano. Su apretón fue enérgico y amistoso. Y conversamos. A los pocos instantes me había olvidado de su cuerpo. Sólo miraba su rostro: frente amplia, grandes ojos de mirar inteligente y sereno, boca firme y sonriente. Desde el mentón hacia arriba, todo era más que normal: admirable.

Después de hablar unos momentos con él, me convencí de que no sólo su mirada era inteligente. Toda su conversación revelaba una mente enriquecida por el estudio, la buena lectura y la reflexión. Ni en sus palabras ni en su actitud había un solo indicio de complejos o nerviosidad. Parecía que él mismo había olvidado por completo su figura desde mucho tiempo atrás. ¿Cómo lo había logrado?

Después de ese primer encuentro lo seguí observando. Se notaba que disfrutaba inmensamente de todo lo que se hacía y decía en ese congreso juvenil, como también del trato con los numerosos delegados, jóvenes y adultos. ¿Sería así en realidad?... No cabía la menor duda: se acercaba a todos con naturalidad y sin titubeos, e intervenía en sus conversaciones, espontánea y entusiastamente.

"He aquí un caso digno del estudio de un buen psicólogo", me decía con bastante desconcierto y mucho interés.

Después de varios años, durante los cuales no volví a ver a Félix, los vaivenes de la vida me llevaron a desempeñar actividades docentes en una institución de otro país. Entre mis alumnos de literatura estaba Félix. Entonces pude comprobar que la convicción nacida de nuestra primera conversación era acertada: el joven poseía una inteligencia clara y vigorosa, inclinada al raciocinio filosófico, natural en las personas que han sufrido y han necesitado adoptar cierta filosofía de la vida que les permita superar sus limitaciones y convivir con los demás.

¡Y bien que sabía convivir con sus condiscípulos sin esperar ni permitir que lo trataran como a un ser distinto! Además, se reafirmó mi convicción de que los jóvenes en general tienen ciertas actitudes, un comportamiento y una psicología admirables para con sus compañeros que sufren desventajas de alguna naturaleza. Los varones lo trataban como si en todo fuera igual a ellos: jugaban rudamente con él aunque nunca lo dañaban, discutían, le contradecían y se acaloraban como con cualquier otro. Por supuesto, el trato era recíproco... A veces hasta le hacían jugarretas al parecer crueles: esconderle por un rato las muletas, por ejemplo. Pero todos eran sus amigos. Cuando lo atacaba una bronquitis aguda, lo que ocurría con frecuencia porque su pequeña capacidad torácica y la debilidad del corazón lo perjudicaban en los crudos inviernos del lugar, sus condiscípulos, con la mayor naturalidad, se turnaban para atenderlo, llevarle la comida y hacerle un poco de compañía. Pero Félix tuvo que recorrer penosamente su largo y áspero viacrucis hasta adquirir la saludable actitud mental y social que hemos descrito. Nació con una distrofia muscular generalizada, de modo que estuvo bajo atención médica desde su más tierna infancia. Debido a la debilidad de los músculos, la columna empezó a desviarse. Desde los dos años hasta los seis, vivió con el tronco enyesado periódicamente. Corregida en apariencia la anormalidad, los padres abandonaron la ciudad y fueron a vivir en el interior, donde poseían casa y terreno. Pero, poco a poco, el niño se fue encorvando hasta convertirse en un lisiado. Entonces la familia se radicó definitivamente en la capital y el chico fue sometido a un tratamiento más enérgico.

A los diez años ingresó en una escuela para niños lisiados donde recibió tratamientos fisioterápicos, se le aplicó un corsé ortopédico y se lo alimentó adecuadamente. Al mismo tiempo completó los cursos de la enseñanza primaria, y aprendió cestería, dactilografía, encuadernación y otros oficios manuales. La mejoría en la condición física del niño era promisoría.

Desgraciadamente, a los 13 años, por causa de un lamentable accidente, sufrió horribles quemaduras en los hombros y en la espalda. Sanó de ellas... ¡después de 30 meses de total inmovilidad en un hospital! Duran te ese lapso, la distrofia muscular había hecho su obra; y desde entonces, el cuerpo del joven siguió deformándose hasta que necesitó muletas para caminar. Más tarde consiguió un triciclo para lisiados, que le ayudaba a trasladarse de un lugar a otro, siempre a distancias cortas. Es claro que no lo podía usar cuando llovía, soplabla viento o hacía mucho frío, porque el vehículo carecía de toldo y de cualquier otro abrigo. Cuando lo conocí, ya el mal de Félix era un "caso irremediable".

En cuanto a los varios oficios que aprendió, puede ocuparse en cualquiera de ellos sólo por corto tiempo, porque la posición y aun el movimiento continuado de manos y brazos le ocasionan tremendos sufrimientos. A pesar de ello, siempre trabaja, especialmente en la encuadernación, tanto como le permiten sus fuerzas, para ayudarse a ganar el diario sustento.

A pesar de los obstáculos y sacrificios que le causa su condición, completó la enseñanza secundaria y continúa siempre adquiriendo nuevos conocimientos.

Se preguntará el lector si Félix está formado de la pasta de los seres excepcionales para hacer frente a su desdicha con tal optimismo y entereza...

No. Como era inteligente, desde niño se fue dando cuenta de su tragedia, y a medida que crecía era más consciente del progreso de su deformidad. Y tal vez la realidad más cruel era comprobar que tenía una mente vigorosa y fructífera en el cuerpo deteriorado de un inválido.

Vivió varios años sombríos en que la rebelión y la amargura le corroían el alma, con largos períodos de profunda depresión y desaliento.

Pero, cuando tenía unos 17 años, manos amigas colocaron en las suyas las Sagradas Escrituras, y personas bienhechoras le enseñaron a estudiarlas y a encontrar en sus páginas la luz que fue disipando las sombras del pesimismo y desterrando su desesperación.

La fe y la confianza en Dios le infundieron valor, y halló consuelo en un nuevo sentimiento: el amor al prójimo. En el afán de hacer bien a sus semejantes y utilizar sus talentos para beneficiar a otros, se fue olvidando de su propia tragedia; y aun el sufrimiento físico le resulta hoy más llevadero.

Siempre se lo ve activo y entusiasta, ocupado en su obra de bien. Sabe que su mal se agrava irremediablemente con el transcurso del tiempo; pero ya no siente rebeldía ni amargura. Tampoco teme la muerte.

Piensa como el gran apóstol Pablo que, "aunque este nuestro cuerpo exterior se va desgastando, el interior empero se renueva día tras día".

¡Feliz Navidad!

El episodio verídico que inspiró este relato, lo recogí de labios de la Sra. de Fattebert, inolvidable vecina nuestra mientras residimos en Fénix, Arizona.

Sentado en el porche posterior de su casa, don Ramón contemplaba con aire nostálgico las ramas desnudas de los árboles sacudidas por el viento inclemente de la fría tarde invernal. Faltaban tres semanas para Navidad, y aún no colgaban de la puerta la campana y el ramo de muérdago, ni se había colocado en la ventana el ángel luminoso. Su buena Maruja siempre tenía el árbol listo y engalanado desde los primeros días de diciembre, con sus lamparitas multicolores y la estrella resplandeciente en el extremo de la rama superior. Pero en aquel lejano diciembre, aun cuando el pequeño José Luis estaba tan enfermo, la incomparable madre adornó mejor que nunca el árbol tradicional, y trasladó la cama del niño a la sala. ¡Y cómo se animó su pálida carita y brillaron de alegría sus ojos al contemplar el hermoso ángel en la ventana, la refulgente estrella en la copa del árbol y los focos y globos de colores brillando entre las verdes ramas! Muchos años después, cuando les llegó la infausta noticia de que ese soldado gallardo y bizarro que llegó a ser su José Luis había caído como un valiente en el campo de batalla, tampoco Maruja pasó por alto aquella Navidad, y el ángel luminoso lució como siempre frente a la ventana. Maruja decía que era símbolo de paz y amor, emblema recordatorio del coro angélico que anunció a los humildes pastores de Belén: "¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!"

¡Ah, ella sabía el significado de cada símbolo! La campana y el ramo de muérdago en la puerta sugerían alegría y amistad; la estrella era anunciadora de esperanza y salvación. La decoración del árbol y los demás preparativos constituían para ella algo así como un ritual sagrado. . . y el gozo, la dicha y la buena voluntad de esos días felices fluían de su casa y se esparcían por todo el vecindario.

Entonces, ¿por qué don Ramón se sentía tan desganado? Es verdad que cumpliría setenta años en los primeros días de enero, pero estaba aún sano y fuerte como un roble... ¿De qué provenía esa sensación de abatimiento? Una vocecita muy queda que venía del fondo de su corazón, y que él se había obstinado en desoír, le volvió a repetir: "¡Es la soledad! ¡Lo que pasa es que te sientes solo, muy solo!" Don Ramón se enjugó furtivamente una lágrima con el dorso de la mano, y miró a su alrededor para asegurarse de que ningún testigo oculto había presenciado su debilidad... No, a no ser el ladino Sr. Loro que solía dormitar con un ojo cerrado y el otro abierto. .. Hasta el Sr. Loro se estaba volviendo taciturno: él que antes sostenía con Maruja unas charlas y jaranas que llenaban la casa de alegría, ahora dormía mucho y hablaba poco. Era la primera Navidad que pasarían sin la presencia de Maruja, y todo y todos parecían sentir la desolación motivada por su ausencia.

Pero don Ramón tenía un temple de acero y no se dejaría vencer por la tristeza. Se levantó, y trasladó a la cocina la percha de don Loro mientras le dirigía algunas palabras amables. No había método más eficaz para ahuyentar la tristeza que conversar en voz alta y ocuparse en algo. Se dirigió al living-comedor, avivó los tizones que ardían en el hogar y se informó de la salud de doña Gata y su numerosa prole, que dormían beatíficamente en una cesta junto al fuego. Don Ramón no era amigo de complicar las cosas; a sus animales domésticos los llamaba sencillamente con el nombre genérico que les correspondía: doña Gata, Sr. Loro, Sr. Perro, doña Vaca, Sra. Gallina. Como ven, era muy fácil recordar esos nombres...

Casi maquinalmente se dirigió al aparador, sacó una gran caja de cartón, la abrió sobre la mesa y con suma delicadeza y cariño empezó a desenvolver los aparejos de Navidad que con tanto cuidado y esmero Maruja envolviera en papel de seda. A medida que iba acomodándolos sobre la mesa parecía que la animación, el gozo de vivir y, sobre todo, la bondad contagiosa de Maruja se iban infiltrando en su ser. Levantó el ángel de fina porcelana, lo colgó en su sitio acostumbrado frente a la ventana y encendió el foco que lo iluminaba por dentro.

"Iré a ver si doña Vaca y don Ternero tienen todo lo necesario para pasar bien la noche", se dijo.

En realidad, sin confesárselo a sí mismo, o tal vez sin darse cuenta, estaba repitiendo la treta infantil de Maruja: salir al camino para contemplar desde afuera el ángel iluminado e imaginarse la sorpresa y el deleite de los que, al pasar, lo vieran. Siempre le había dicho: "Pareces una criatura", y la acompañaba por condescendencia... Hoy quizá lo haría impulsado por la ternura del recuerdo.

Se envolvió el cuello con una bufanda y se bajó hasta las orejas la gorra vasca... Estaba haciendo un frío tremendo...

Demoró alrededor de media hora en su habitual ronda vespertina por el gallinero, el tambo y el galpón. Cuando estaba por abrir la puerta de la sala, sus ojos tropezaron con una figurita infantil enfundada desde la cabeza hasta los pies en un traje y capuchón de color rojo. Con ambas manos apoyadas en el marco de la ventana y la naricita pegada contra los cristales, contemplaba absorta el ángel luminoso... ¿Sería Caperucita Roja escapada de las páginas de Perrault? Suerte que aquí no se encontraría con el malvado lobo... Al oír los pasos, se dio vuelta vivamente.

-Buenas tardes... ejem... perdón, señor...yo...yo estaba mirando el hermoso ángel.

-Buenas tardes, señorita; me alegro mucho de que le guste el ángel; para eso está frente a la ventana, para que lo miren, ¿no le parece? ¿No gusta pasar? Podrá contemplarlo mejor, y adentro no hace frío-la invitó don Ramón con esa cortesía de hidalgo español que le había conquistado el respeto y el cariño de todo el vecindario.

-¿Está seguro que no molestaré?

-Al contrario, me sentiré muy honrado con su visita, y puedo asegurarle que lo mismo sentirán don Loro, y el Sr. Perro, y doña Gata y sus cinco hijitos-dijo como al descuido, porque don Ramón conocía el corazón infantil y sabía que la sola mención de ese jardín zoológico atraía como imán a la gente menuda.

-¡Ooohhh! -con las manecitas juntas, el cuerpo inclinado y la roja boquita entreabierto, la pequeña contemplaba con éxtasis la cesta en que descansaban muy a gusto la Sra. Gata y sus cinco hijitos.

-La señorita estará más cómoda si se quita la gorra y el saco y se sienta aquí, cerca del fuego -sugirió don Ramón ayudándole él mismo a despojarse del abrigo.

-¿y el perro no se comerá a los gatitos? -preguntó la niña mirando con desconfianza al perrazo que dormitaba perezosamente junto a la chimenea.

-No, señorita. En esta casa todos nos conocemos desde hace mucho tiempo y somos amigos.

-¿Cree Ud. Que... que podré tocarlos? -preguntó sin apartar de los gatitos su mirada fascinada-La Sra. Gata aún no la conoce a Ud. pero yo le alcanzaré uno de los gatitos para que lo tenga un momento.

Don Ramón depositó con toda delicadeza un gatito en la falda de la pequeña visita. Ella pasó muy suavemente la mano sobre la sedosa piel, conteniendo el aliento por la emoción.

-En nuestra casa de la ciudad no puedo tener ningún animal. Papito dice que no hay lugar... Claro, siempre hay tantas visitas... Pero mamá me prometió que aquí, en casa de abuelita, podré tener un perrito y un gatito si Guillermo me consigue alguno en el vecindario.

-Estos son muy pequeños aún, pero dentro de unos diez días la señorita podrá llevarse uno.

-¿Ud. me lo prestará?

-Se lo regalaré. Puede elegir el que más le guste. Será mi presente de Navidad.

-¡Ooohhh! Muchísimas gracias, señor. Hacía rato que don Ramón se estaba devanando los sesos por identificar a la pequeña. El creía conocer a todos los niños del vecindario, pero no recordaba haber visto a esta preciosa criatura... y de repente se hizo la luz en su cerebro... ¡Claro, era la nieta de la Sra. de Wilcox, la dueña de la señorial casa-quinta que se levantaba a media milla de su casita! El día anterior, cuando la Sra. de Jackson vino a llevar el cántaro de leche que don Ramón les daba diariamente, le dijo que la hija y la nieta de la distinguida señora habían venido a pasar una temporada en el campo... y que se rumoreaba que tal vez quedaran a vivir definitivamente con la anciana porque parecía que había ruptura en el joven matrimonio... La miró con discreta atención. El bonito rostro enmarcado por largos rizos rubios y sedosos tenía facciones delicadas, pero era quizá demasiado fino y pálido. Llamaban sobre todo la atención los espléndidos ojos oscuros, demasiado pensativos para una niña de su edad...

-Llámeme "don Ramón" -le dijo cariñosamente-; todos me llaman así, porque mi apellido extranjero no es fácil de pronunciar para ustedes.

-Yo me llamo Doris. Bien, ahora que ya estaban hechas las presentaciones, don Ramón sugirió:

-Su visita nos ha causado un verdadero placer, y nos agradaría que nos visitara todos los días; pero ahora se está haciendo tarde y es probable que en su casa estén preocupados.

Al oír estas palabras la pequeña pareció volver al mundo de las realidades, y una expresión de inquietud o temor apareció en su linda carita. Don Ramón se apresuró a ofrecer:

-Yo la acompañaré hasta su casa. -Le ayudó a ponerse el abrigo, la caperuza y los mitones, y tomándola de la mano se encaminaron hacia la casona de la abuela.

Apenas abrieron la puerta, dos mujeres ansiosas se abalanzaron hacia la criatura:

-¡Hijita!, ¿dónde has estado?

Pero ésta ya había corrido a refugiarse en los brazos de la señora joven y la aturdió con su charla:

-¡Ay, mamita, si vieras! ... Don Ramón tiene un loro que habla, y un perro grandote que no muerde, y una gata con cinco gatitos, y ha prometido darme uno para Navidad. ¿Verdad que me dejarás tenerlo?

Cuando se interrumpió para respirar, las personas adultas aprovecharon para hablar ellas, presentarse mutuamente y dar las explicaciones del caso.

Don Ramón se retiró con la grata impresión de haber ganado nuevos amigos y llevándose la promesa de que la niña podría visitarlo diariamente y quedarse cuanto quisiera.

Mientras cubría, ya entrada la noche, la distancia entre la aristocrática mansión y su humilde casita, don Ramón se entretenía comentando consigo mismo en voz alta las novedades e impresiones de la tarde.

"La Srta. Doris es el vivo retrato de la madre; sólo que el modelo original es aún más hermoso; pero en los bellos ojos adultos hay una sombría expresión de tristeza; más que de tristeza, de ansiedad . . . No es precisamente ansiedad. Es... ¡ah, ya caigo! ¡Es hambre; eso mismo, hambre! "

Y recordó las palabras de Amado Nervo. . . Porque habéis de saber que don Ramón tenía alma de poeta y de filósofo, y leía a Unamuno, a Nervo, a Tagore, a Rubén Darío. . .

Sí, recordó ahora una frase de Amado Nervo: "Bien sabes que todos tenemos hambre: hambre de pan, hambre de amor, hambre de conocimiento, hambre de paz". Por supuesto, aquí no había hambre de pan, pero podría ser hambre de paz... o de amor... y siguió hablando consigo mismo: "¡Qué extraños son los caminos de Dios!" Maruja y él siempre habían tenido en cuenta y habían procurado cumplir el cristiano consejo:

"Irás por el camino buscando a Dios; pero atento a las necesidades de tus hermanos. En cualquier momento, en cualquier lugar, entre cualquier compañía, te formularás la pregunta: ¿Qué bien puedo hacer yo aquí? Apareja el oído, los ojos y las manos, para que ninguna necesidad, ninguna angustia, ningún desamparo, pasen de largo".

Y por eso todos los vecinos de varias millas a la redonda los conocían, y ellos conocían a todos. Porque unos, como la familia Jackson con su numerosa prole y su escaso jornal, recibían diariamente el exceso de leche de la ubérrima doña Vaca; otros recibían fruta en la estación de la fruta; otros, auxilio material y atención generosa en caso de enfermedad o adversidades de cualquier naturaleza: consuelo, consejo, orientación, amistad, alegría, estímulo, según el caso y la clase de hambre que los acosara. Nadie fue pasado por alto en sus momentos de aprieto. Pero don Ramón nunca pensó que en la casona de la Sra. de Wilcox hallaría respuesta a la cristiana pregunta: "¿Qué bien puedo hacer yo aquí?" Gente rica, distinguida, culta; su única hija bien casada, con un joven escritor que estaba adquiriendo extraordinario renombre en el mundo de las letras y cuyo último libro era el mayor éxito de librería del año. Pero esta noche, al notar la expresión de ternura y tristeza con que la señora de cabellos de plata miraba a su adorable nietecita, y la mal velada expresión de dolor y desolación en los bellos ojos oscuros de la señora joven, don Ramón no estaba tan seguro de que en esa casa no hallaría oportunidad de hacer algún bien...

"Hum -se dijo en voz alta, cambiando de tema-, la nieve se ha demorado este año; pero, o mucho me equivoco o nos visitará esta noche".

No se equivocó ni mucho ni poco, a la mañana siguiente, al abrir la ventana del dormitorio, un espectáculo maravilloso se ofreció a sus ojos encantados: el jardín, el bosque, el valle, los techos de las casas, estaban cubiertos de un colchón esponjoso de inmaculada y deslumbrante blancura. A los árboles que ayer mostraban desnudas sus retorcidas y esqueléticas ramas negras, hoy les habían brotado alas, alas blancas de finísimas plumas, tenues y livianitas; y la nieve seguía cayendo suavemente, levemente, y sus delicados copos, cual minúsculas flores blancas de irisados pétalos, parecían deshacerse en millares de cristales microscópicos que más tarde resplandecían bajo los rayos del sol. Don Ramón había contemplado por años este espectáculo, pero cada año le causaba el mismo renovado y deleitoso arrobamiento. A la media mañana apareció la pequeña Doris, parlanchina y excitada por la primera nevada. Siguió visitándolo todos los días, y pronto logró establecer una cordial amistad con toda la "familia": el señor Perro la recibía con amistosos meneos de cola, doña Gata le permitía trasladar de la cesta a la falda a toda su juguetona prole,

doña Vaca seguía rumiando impasible mientras la pequeña introducía su manecita entre las manazas de don Ramón para ensayarse en el oficio de ordeñadora. En cuanto al señor Loro, fue perdiendo gradualmente su mutismo y charlaba, cantaba y reía con estridentes carcajadas como en sus mejores tiempos, y cuando la niña le rascaba la cabecita con sus dedos de rosa, el pájaro verde se esponjaba todo, de pura satisfacción, y le expresaba su cariño con secos y metálicos besitos. ¿Y don Ramón? Pues, había desaparecido de su cuerpo la sensación de desgano y cansancio que lo abrumara, y se sentía lleno de vitalidad y sano optimismo. Cuando por la noche contemplaba el ángel que parecía sonreír bajo las alas luminosas, don Ramón tenía impulsos de agradecerle en voz alta porque, desde aquella tarde en que su rostro beatífico y sus brillantes alas atrajeron a la pequeña Caperucita Roja, la casa había cobrado nuevamente la vida y animación de los felices tiempo pasados ...

Faltaban cinco días para Navidad. Aquella tarde Doris apareció arrastrando un flamante y precioso trineo azul que poseía toda la estructura y accesorios necesarios para hacer de él un vehículo sólido, cómodo y bonito. Sin embargo, la niña no demostraba la alegría que hubiera sido lógico y natural ver en tal ocasión.

-Me lo envió papito como regalo de Navidad. ¿Verdad que es un trineo precioso?

-¡Vaya si lo es! Es todo un señor trineo. Si sigue nevando así, para Navidad podrá estrenarlo deslizándose hacia el valle.

-Dudo que mamita me permita hacerlo sola ... y papito no vendrá a pasar la Navidad con nosotros.

Mirándola de reojo, don Ramón notó que los pequeños labios rojos temblaban ... Repentinamente se le ocurrió un recurso salvador

-Sabe, Srta. Doris..., los gatitos ya son suficientemente grandes para alimentarse solos. Puede Ud. escoger el suyo y lo llevaremos en el trineo hasta su casa.

-¿Pe... pe... pero Ud. dice de veras que me regala uno?

-¡Por cierto que sí! ¿No se lo había prometido? Las promesas siempre deben cumplirse.

La elección no resultó una tarea fácil: Doris hubiera querido llevarse los cinco... Al fin se decidió por el más vivaracho, de suave pelo gris como la madre.

-¿y qué nombre le pondrá?

-Pues... -pensó un momento, y siguiendo la tradición de la casa, decidió-: creo que lo llamaré don Gatito.

-Me parece un nombre muy apropiado -opinó don Ramón.

La niña acarició por unos momentos en silencio a su don Gatito, y de pronto levantó el rostro hacia su amigo y le habló con esa su gravedad de adulto que desconcertaba y dolía:

-Don Ramón, Ud. dijo que las promesas deben cumplirse... ¿Es muy malo dejar de cumplir una promesa?

Quedó esperando ansiosamente la respuesta. . . y ahora don Ramón leyó en esos límpidos ojos infantiles la misma expresión de vacío, de hambre inconfesada, de anhelo angustioso y desesperanzado que descubriera en la mirada de la madre... y sintió una punzada dolorosa en el corazón.

Con paternal suavidad y prudencia, para no herir aún más ese corazoncito herido, contestó:

-Siempre debemos hacer todo lo posible para cumplir nuestras promesas; pero a veces resulta imposible.

-Yo le prometí algo a mamita cuando estábamos aún en la ciudad, y ahora no podré cumplir mi promesa.

Vea Ud . Cautelosamente sacó algo del bolsillo interior del tapado, y se lo alcanzó a don Ramón. Era una linda cajita de terciopelo rojo: adentro había una hermosa miniatura, una verdadera obra de arte finamente realizada. De un lado estaba el retrato de la niña; los ojos alegres, la boquita reidora, el semblante animado, todo revelaba felicidad y gozo de vivir. Del otro lado, el retrato de la joven madre atraía vivamente por su belleza y poder expresivo: la sonrisa era dulce pero dolorosa, y los admirables ojos oscuros revelaban ternura, amor intenso... y desolación.

-Le prometí a mamita que yo misma colocaría el retrato en el reloj de papito cuando llegara Navidad; pero ahora resulta que papá no pasará las fiestas con nosotros.

Don Ramón depositó de nuevo la miniatura en la cajita, la cerró y envolvió con todo cuidado en el papel de seda y le entregó el paquetito a la criatura. Después de carraspear varias veces, habló:

-No se aflija, Srta. Doris, todavía su papá puede cambiar de idea... o tal vez les reserve una sorpresa, Sí, a lo mejor quiere sorprenderlas para Navidad.

Se iluminó el rostro de la niña:

-¡Oh! ¿Cree Ud. que Papito quiere darnos una sorpresa? Se lo diré a mamá, para que no lllore de noche cuando cree que estoy durmiendo y no la oigo.

La niña se mostró alegre y conversadora el resto de la tarde mientras ayudaba a don Ramón en sus tareas. En cambio, su amigo se había tornado de repente extrañamente silencioso y distraído, y apenas le contestaba con monosílabos o con movimientos de cabeza, a veces afirmativos cuando correspondía decir no, y viceversa. Doris decidió al fin ir a conversar con el Sr. Loro: la escuchaba con más atención y le contestaba con más inteligencia... Su amigo don Ramón parecía decididamente tonto esa tarde... Este atendió temprano a toda la "familia" y le anunció a la niña que era hora de regresar a casa; irían juntos llevando a don Gatito.

Mientras la niñita se apresuraba a buscar a la mamá para mostrarle su precioso gatito, don Ramón conversaba animadamente con la señora mayor. El resultado de la conversación debe haber sido muy satisfactorio para ambos, porque la anciana señora estrechó visiblemente conmovida la mano de su nuevo amigo y, mientras lo acompañaba hasta la puerta, le decía:

-Dios ha de prosperar su noble intento, don Ramón. Los dos están bellamente dotados para comprenderse y ser felices juntos; pero son jóvenes, y esta vida moderna demasiado agitada, y las actividades excesivas, y los muchos compromisos sociales, y las aspiraciones y exigencias de la hora actual, los han llenado de confusión y les impiden ver claro dentro de sí mismos. Han perdido el sentido de los verdaderos valores; necesitan retornar a la vida sencilla. ¡Y qué mejor para ello que la paz y quietud de este bendito valle! Como resultado de la conversación, don Ramón estuvo muy atareado los días subsiguientes. Temprano por la mañana fue a la villa cercana y consiguió una comunicación telefónica de larga distancia; cuando regresó ya era mediodía. Luego se dirigió apresuradamente a casa de su vecino Joe Jackson; no le fue fácil despachar pronto su negocio, porque la numerosa prole lo rodeó como de costumbre y tuvo que conversar un poquito con cada uno. La Sra. de Jackson terminaba de hornear y había un olor delicioso a pan casero, bizcochos, pasteles y pan de Navidad. El hijo menor le dio la indiscreta noticia:

-Mamá ya tiene envuelto en papel celofán el pan dulce para Ud.; es el más grande de todos.

La mamá le estaba haciendo enérgicas y desesperadas señas de silencio, pero ya era tarde: el "secreto" que se repetía anualmente en cada Navidad, estaba revelado... Don Ramón rió divertido al ver los apuros de la señora.

-No se aflija Ud., Sra. de Jackson; de todas maneras dentro de tres días lo iba a saber. Desde ya le doy las gracias.

-¡Las gracias Ud. a nosotros, don Ramón! ¡A nosotros que estamos beneficiándonos por años con el fruto de su huerta, de su quinta, de su lechera y de sus gallinas!

-¡Vamos, no empecemos de nuevo con el gastado disco! ¿Dónde está Joe? ¿No ha regresado aún de la fábrica?

-No ha ido a la fábrica: sus vacaciones empezaron ayer. Está en el galpón entretenido con sus herramientas y su carricoche.

Don Ramón se encaminó hacia el galpón, frotándose las manos de puro contento: los escombros del camino se iban despejando por sí solos; por ejemplo, las vacaciones de Joe coincidían a las mil maravillas con sus planes. Lo encontró lavando y revisando su viejo y heroico Ford modelo 36.

-¡Hola, Joe! Me dice tu mujer que ya empezaron tus vacaciones. Veo que el primer beneficiado ha sido tu "Cadillac". Dime, ahora que tiene la cara lavada, ¿te parece que se animará a llevarnos en un paseíto hasta la ciudad?

Joe dejó escapar un silbido de alarma y miró significativamente a su valiente caballo de batalla; después elevó la vista hacia las imponentes sierras lejanas cuyas cumbres cubiertas de nieve resplandecían bajo los rayos del sol. Se rascó pensativo la cabeza... ¿Qué no estaba dispuesto él a hacer por don Ramón? ¡Todo! Pero, ¿podría infundir el mismo celo en el ánimo de su "socio"? ¿Responderían sus pulmones y sus valientes pero gastados engranajes y resortes?

Viéndolo vacilante, don Ramón se apresuró a rectificar:

-Bien, no precisamente a la ciudad sino sólo hasta el aeropuerto, es decir cuatro millas más acá -y recalcó enfáticamente lo de las cuatro millas como si hicieran una gran diferencia en las 160 que los separaban de la gran urbe.

-Me atrevo a decirle que sí, que nos animamos. -loe siempre hablaba en plural cuando se refería a su coche; consideraba que él y su vehículo formaban una sola entidad; por eso lo llamaba su "socio". Luego preguntó:

-¿Cuándo necesita viajar?

-El jueves.

-Hum... ¿Ya qué hora hay que estar allá?

-Debemos estar en el aeropuerto para recibir el avión que llega a las 2 de la tarde.

-Hum... Veamos... Mi socio recorre regularmente 40 millas por hora, pero un tercio del recorrido es montañoso, y además con la nieve . . . Calculemos una velocidad media de 25 millas por hora. Para mayor seguridad deberíamos salir temprano, digamos a las 6. Bien, don Ramón, me ocuparé del "socio" durante estos dos días, de modo que estemos en condiciones de realizar el viaje con éxito.

-Perfectamente, Joe, eres un gran muchacho.

-No lo repita, que todavía me lo voy a creer.

La Sra. de Wilcox comunicó a su hija que don Ramón había solicitado la compañía de la niña para un viaje en automóvil a la ciudad, y manifestó que de su parte no veía inconveniente, ya que junto a don Ramón nada había que temer por la pequeña. La joven señora confiaba plenamente en el buen juicio de su madre, y consintió.

Mientras Joe se dedicaba a poner en condiciones a su campeón, nuestro buen amigo ayudaba a la abuelita Wilcox a decorar el árbol de Navidad en el gran salón de la casona. En complicidad con el viejo mayordomo Guillermo consiguieron un pino de respetable tamaño y linda forma. Este trajo además su caja con todos los ornamentos y pasaron horas placenteras ocupados en la tradicional tarea. Doris no cabía en sí de júbilo, la abuela estaba entusiasmada como en sus mocedades, y hasta la joven señora se sintió reanimada y se ocupó en dar al arbolito, con su buen gusto y sentido artístico, los toques finales. ¿Cómo habría árbol de Navidad sin regalos? Hubo idas y venidas a la villa y los paquetes misteriosos fueron acumulándose al pie del pino, despertando gran alborozo y expectativa en la pequeña. Era una bonita y gentil Caperucita Roja, abrigada desde la cabeza hasta los pies con su traje rojo para la nieve y su cesta con la merienda al brazo, la que subió alegremente al auto. La niña se sentó junto a su gran amigo aquella fría madrugada del jueves 24.

El "Cadillac" de Joe se portó a la altura de las circunstancias y de la confianza en él depositada. Corrió bien sus 40 millas por hora en el camino llano, y fue escalando a razonable velocidad la carretera que zigzaguea sobre el espinazo de las sierras. A veces bufaba con roncros resoplidos cuando le tocaba trepar cuestas empinadas. Pero en las bajadas acumulaba energías. Cuando faltaba un poco más de una hora para llegar, don Ramón consideró prudente preparar el ánimo de su amigueta: una gran sorpresa podría agitar con demasiada violencia ese espíritu extremadamente sensible.

-¿Sabe, Srta. Doris? En realidad no pensamos ir hasta la ciudad sino sólo hasta el aeropuerto; en el avión vendrá una persona que anhela ver a Ud. y a quien Ud. se alegrará mucho de ver. . . Los grandes ojos se iluminaron con un fulgor tan intenso que a don Ramón se le formó un nudo en la garganta; pero al instante la mirada se tornó cautelosa . . .

-A quien más me alegraría ver es a papito... -y retuvo el aliento esperando una palabra que confirmara su ilusión.

-Precisamente a su papito esperamos ver. . . Llegará sólo de paso, pero Ud. podrá saludarlo y desearle una feliz Navidad.

-¡Oh, don Ramón! -exclamó apretándole fuerte, fuerte el brazo en una incontenible explosión de júbilo.

Luego, con esa característica seriedad que tantas veces lo dejara asombrado, hizo esta reflexión:

-¡Lástima que no supe eso antes de salir! Hubiera traído la cajita y habría cumplido así con mi promesa. Don Ramón introdujo la mano en el bolsillo interior del sobretodo y extrajo un paquetito bien conocido por ambos.. .

-No me olvidé de su promesa, Srta. Doris. ¿Está satisfecha?

¡ Ahora todo estaba bien en el mejor de los mundos! Ya habían atravesado las montañas y la ciudad se divisaba a la distancia.

Pero todo no parecía andar tan bien en el mundo de Joe y su "socio": este último manifestaba unos síntomas alarmantes de cansancio; se sacudía violentamente como si estuviera por darle un ataque de epilepsia, y luego se paraba en seco; después, a instancias de Joe, arrancaba de nuevo emitiendo unos sonidos extraños. . . Don Ramón miraba con desconfianza la cara seria de su amigo...

-Se habrá recalentado en la subida. Vamos a ver... Descendió del vehículo e hizo las revisiones de práctica: el agua, la gasolina, las bujías, el carburador... tocó aquí y allá... subió de nuevo y apretó el arrancador. . . El "socio" gimió, rugió, tembló un momento. . . y siguió marchando. Don Ramón miró el reloj y dio un suspiro de alivio: faltaban pocas millas y aún tenían casi una hora.

-No necesitas apurarlo, Joe: tenemos tiempo de sobra. ¡No lo hubiera dicho!

El "socio" recorrió penosamente unas pocas millas más, en medio de bufidos, temblores y convulsiones, y al fin se detuvo y se negó a moverse, pese a todos los argumentos, mimos y amenazas de Joe. Don Ramón miró su reloj y luego hacia el lugar de su destino; ya se avistaba perfectamente el aeropuerto, a unas dos millas de distancia... y aún faltaba media hora para la llegada del avión.

-Joe, mientras tú y tu socio se ponen de acuerdo, la pequeña y yo iremos caminando para desentumecer las piernas.

¿Para qué mortificarlo diciéndole que ahora estaba convencido de que debía depender enteramente de su tranvía número 11 si quería llegar? Tomó a la niña de la mano y, cuando se hubieron alejado algunos metros, le dijo:

-Srta. Doris, tenemos que apresurarnos y caminar lo más ligero posible si queremos llegar a tiempo para ver a su papá.

La niña no se hizo repetir la indicación: no sólo apuró el paso sino que empezó a correr, obligando a don Ramón a seguirla a grandes zancadas. Pero el entusiasmo de la pequeña no tuvo en cuenta su capacidad de resistencia y el hecho de que estaban en plena sierra, a centenares de metros sobre el nivel del mar. . . Pronto Doris empezó a jadear, con evidentes señales de cansancio. Pero don Ramón había nacido y se había criado entre las montañas, en los Pirineos; además se preciaba de ser gran caminador; y además: "¡jera vasco! ¡No se dejaría vencer por una milla ni por dos! Levantó a la niña en brazos y siguió marchando a paso redoblado. De repente la niña exclamó muy excitada, señalando al cielo:

-Don Ramón, mire... ¡el avión, el avión! Era verdad: el gran pájaro metálico se acercaba cortando el aire en sereno y matemático descenso.

-No se aflija, Srta. Doris, llegaremos, llegaremos. Pasarán unos 10 minutos hasta que desciendan los pasajeros. Además, se detiene 20 minutos antes de salir nuevamente.

¡y don Ramón cumplió su palabra! Hacía unos 5 minutos que el avión se había detenido frente al aeropuerto, cuando un hombre alto y gallardo que se paseaba nervioso por la pista divisó a lo lejos a un hombre que se acercaba casi corriendo, trayendo en brazos a una niña vestida de rojo desde la cabeza hasta los pies. . . El hombre joven salvó en pocos pasos la distancia que los separaba... La nena, a su vez, saltando a tierra corrió a refugiarse en esos fuertes brazos que la levantaron en alto y la estrecharon ansiosamente contra el pecho varonil. El joven papá la besó muchas, muchas veces, con ternura desbordante: y ella apretó su carita contra el rostro de él y sus bracitos se ciñeron estrechamente alrededor del cuello paterno.

Don Ramón estaba agitado y sudoroso por la precipitada caminata. Era natural, pues, que sacara el pañuelo para enjugarse el sudor. Lo extraño fue que en vez de secarse la frente, se pasara el pañuelo por los ojos . . .

Ahora Doris extraía del bolsillo interior del tapado una misteriosa cajita y, con voz alborozada, le anunciaba a su papá:

-Gracias a don Ramón, puedo ahora cumplir la promesa que le hice a mamá de darte en tus propias manos nuestro regalo de Navidad.

¿Lo engañaría la vista? Don Ramón hubiera jurado que las manos del apuesto papá temblaban notablemente al abrir la cajita. Elogió con palabras entusiastas el lindo retrato de la hijita; pero, cuando miró del otro lado, se quedó mudo, Contemplando largo rato, ensimismado, el bello rostro que parecía mirarlo con amor y dolor. Se había olvidado por completo de la pequeña y del anciano testigo que tenía delante. Lo sacó de su arrobamiento la voz del altoparlante que anunciaba a los señores pasajeros que dentro de pocos minutos arrancarían el avión y ahora la niña hablaba con un desesperado temblor de esperanza en la voz:

¡Oh papito, si vinieras con nosotros! Hemos preparado un precioso árbol de Navidad con globos y luces de colores y varios angelitos y Santa Claus entre las ramas, Y arriba una brillante estrella que nos prestó don Ramón, y un montón de regalos alrededor del tronco.

El padre la escuchaba enterneado; y de repente su mirada se cruzó con la de don Ramón. .. y éste vio en sus ojos la misma expresión de ansiedad dolorosa, de hambre mal disimulada que viera antes en unos bellos ojos oscuros... y entonces, impulsivamente, hizo con asombroso aplomo, la tremenda y audaz afirmación: -¡Ella lo espera, señor!

Instantáneamente los ojos se iluminaron con inusitado fulgor y se dibujó una cálida y radiante sonrisa en aquella boca firme.

-Pues sí, hijita, celebraremos todos juntos la Navidad.

No había tiempo que perder. . . Corrió al avión, retiró su valija y vino a reunirse con ellos. Recién ahora se le ocurrió preguntar en qué y cómo habían hecho el viaje... Pero no hubo tiempo de contestar, porque en ese momento se detenía frente al aeropuerto, muy ufano y haciendo mucho ruido, el "Cadillac" de Joe. Como éste les asegurara que tanto él como su "socio" estaban en condiciones inmejorables para realizar el viaje de regreso, nuestros amigos decidieron confiarse a ellos. Esta vez Joe estuvo en lo cierto: el "socio" se portó a las mil maravillas y corrió sin convulsiones, ni bufidos, ni paradas en seco, de modo que el viaje fue alegre y les pareció corto. Tal vez a don Ramón el viaje le resultó singularmente corto porque estuvo muy entretenido oyendo la incansable y regocijada charla que la pequeña mantenía con su padre. Al poco rato el papá conocía todas las características, costumbres y habilidades de la "familia" de don Ramón, y todas las gracias y travesuras de don Gatito.

El padre la escuchaba con el más vivo interés y contestaba con alegre disposición todas las preguntas de la pequeña. El corazón de don Ramón dio un brinco de alegría cuando oyó que el papá manifestaba seriamente:

-Yo te conseguiré un lindo perro, hijita, y cuando regresemos a la ciudad los llevaremos... Sí, querida, tanto al perro como al gatito. -y unos momentos después:

-Sí, tesoro; mañana mismo iremos juntos a la colina y podrás estrenar tu trineo deslizándote con él por la cuesta. De aquí en adelante papá tendrá más tiempo para conversar y jugar con su linda hijita.

La única nube que empañaba el alma límpida de don Ramón era el recuerdo de aquella frase. .. ¿Alguien le había dicho acaso que "ella lo esperaba"? ¿Y si no fuera verdad? Pero no, una vocecita que provenía del interior lo tranquilizaba, asegurándole que su corazón no lo había engañado, y que aquella afirmación audaz que le hiciera al hombre joven en el aeropuerto era la verdad. Sin embargo, al aproximarse a la casa señorial, se sentía un poco intranquilo...

Anochece cuando llegaron. La casona de la Sra. de Wilcox estaba profusamente iluminada, y las luces que brillaban a través de las ventanas alumbraban con mágicos resplandores la senda cubierta de nieve.

Al llamar, las dos mujeres se apresuraron a abrir la puerta. Don Ramón se quedó intencionalmente un poquito más atrás. .. Los jóvenes esposos se arrojaron el uno en brazos del otro y permanecieron así abrazados un largo rato, olvidados del mundo y de cuanto los rodeaba. Cuando se separaron, los bellos ojos oscuros brillaban como estrellas... Entonces don Ramón quedó más tranquilo, porque estuvo por fin seguro de que al hacer aquella tremenda "afirmación" en el aeropuerto no se había equivocado.

Ahora que todos se sentían inmensamente dichosos en la casona de la abuelita, él tenía prisa por retirarse y llegar cuanto antes a su casa. Pero sus nuevos amigos no le permitieron despedirse sin que prometiera visitarlos al día siguiente para abrir juntos los regalos y luego tener también juntos el almuerzo de Navidad alrededor de la gran mesa familiar. ¡Ya lo habían incorporado a la familia!

Se despidió emocionado y contento. La noche estaba fría, pero diáfana y serena. Los rayos de luz provenientes de la casa proyectaban reflejos irisados sobre el cerco, las plantas y los árboles, cubiertos del albo manto de la nieve. El paso de don Ramón parecía haber recuperado el vigor y la elasticidad de los años mozos. Era Nochebuena, y la cristiandad entera celebraba el nacimiento del Salvador del mundo. . . Desde las laderas del lejano monte que se levanta junto al lago de Genesaret, parecía llegarle el eco bendito de una voz dulce y grave: "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios..." Por supuesto, su casita estaría toda sumida en tinieblas ... Pero no... de la ventana de la sala provenía un tenue resplandor: el ángel estaba iluminado. ¡Esa buena Sra. de Jackson! Seguramente cuando vino a dar de comer a los animales recordó que en Nochebuena el ángel debía resplandecer frente a la ventana ... En el living-comedor la mesa estaba repleta de cajas, paquetes y tarjetas: los regalos de Navidad del vecindario...

Sin duda la Sra. de Jackson se había encargado de recibirlos y acomodarlos. Bien, los abriría más tarde... Ahora tenía que apresurarse porque, al separarse frente a la casa de la Sra. de Wilcox, Joe le había recomendado:

-No se demore, don Ramón: ya sabe que lo esperamos en casa para la cena de Nochebuena, y nadie se sentará a la mesa si Ud. no está para ocupar su lugar en la cabecera.

Avivó el fuego del hogar, habló algunas palabras cordiales a cada miembro de su "familia" y se alistó rápidamente para asistir a la cena con la familia Jackson. En el camino iba gozando por anticipado la sana alegría que se disfrutaba en ese hogar, modesto en bienes materiales, pero rico en amor y virtud.

Cuando regresó, dos horas más tarde, se dedicó placentemente a abrir los regalos y las tarjetas de Navidad. No tenía ningún apuro: podía tomarse todo el tiempo que quisiera. .. Eran regalos sencillos pero que expresaban cariño y solícita amistad: el pan dulce, de la familia Jackson; de la familia Collins un pastel de manzanas; guantes de lana tejidos por las niñas de Williams; pantuflas abrigadas, de sus amiguitos Dick y Tony; un libro de poesías de su gran amigo, el dueño de la única librería de la villa; y así por el estilo...

Otra vez le pareció escuchar la voz del divino Maestro de Galilea: " ... porque con la medida que medís, os volverán a medir".

"Sí, pensó... pero ¡qué bueno es Dios! Los pequeños actos bondadosos, las humildes buenas acciones realizadas en favor de mis vecinos, me son devueltas multiplicadas y enriquecidas con creces ... "

Se sentó en su sillón favorito junto al fuego. No tenía sueño. Una dulce paz y quietud invadían su espíritu. Le parecía sentir la compañía inspiradora y estimulante de Maruja. Desde el retrato que descansaba sobre la repisa de la chimenea, lo miraban sus ojos reidores y le sonreía la boca tierna y cariñosa: y desde el otro retrato colgado en la pared, el rostro varonil de un bizarro soldado parecía decirle:

"¡Estoy orgulloso de mi viejo y noble padre!"

Era Nochebuena... El ángel luminoso era símbolo del coro angélico que sobre las colinas de Belén en tonó: "¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!"

También en la casona señorial reinaba esa noche la paz, la dicha y la buena voluntad ... gracias a que, en un frío anochecer, una linda Caperucita Roja se sintió atraída por el ángel luminoso. .. ¡Qué maravillosos y sabios son los caminos de Dios! Por eso ahora don Ramón no se sentía nostálgico ni solitario. .. Bien lo decía el poeta: "Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste". Sí, es cierto, pero sólo amamos a Dios de veras cuando hemos aprendido a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos...

Sin darse cuenta, el sueño se iba apoderando de él. .. "Lo importante -se dijo medio dormido-es que nunca se apague la luz frente a nuestra ventana... Irás por el camino buscando a Dios, pero atento a las necesidades de tus hermanos. En cualquier momento, en cualquier lugar, entre cualquier compañía, te preguntarán: ¿Qué bien puedo hacer yo aquí?' "

FIEL A SU NOMBRE

En los primeros días del cristianismo, una niña llamada Fides vivía con sus padres en un pequeño pueblo al sur de Francia. En ese tiempo, Diocleciano, el pagano emperador romano, todavía era supremo gobernador del mundo y Publio Daciano era cónsul en Galia.

Todos hemos oído de los martirios de esos días y las terribles persecuciones que fueron planeadas en contra de los cristianos por Nerón y sus sucesores. Pablo, como sabemos, fue martirizado por Nerón y en sus días muchos fieles fueron echados a los leones o quemados vivos.

Pero todas las persecuciones ordenadas por esos crueles y odiados gobernantes, no fueron tan terribles como las decretadas por Diocleciano al final del siglo III y al comienzo del IV. Diocleciano se había propuesto exterminar las enseñanzas y el espíritu de Cristo. Pero a pesar de todos los decretos y leyes, los cristianos continuaban aumentando. Diocleciano se ocupó personalmente de pelear en contra del cristianismo. Así dio orden de que todos los libros y escritos cristianos fueran quemados, y sus oficiales destruyeron todos los que pudieron encontrar. Su siguiente orden fue que cada persona hombres, mujeres y niños adoraran públicamente a uno de los dioses romanos. Decretó la prisión o muerte del que desobedeciera esta malvada ley.

En su quieto y lejano hogar, la pequeña Fides oyó de esas cosas. Tenía solamente doce años y era querida por todos los que la conocían. Y Fides -que quiere decir fe- amaba a todos y tenía muchos amigos; pero, sobre todos amaba a su Salvador, Cristo Jesús.

Me imagino que muchas veces ella se preguntó si también sería llamada a testificar por su Maestro. Era solamente una niña, pero sabía que aun los niños debían morir antes que negar a Jesús. Si llegaba ese momento, ¿tendría valor para afrontar la prueba?

La historia nos dice que Fides tenía un rostro de ángel por su dulzura y mucha gente la alababa y hacía cualquier cosa por ella. Pero a Fides no le importaban los placeres de este mundo y pensaba solamente en agradar a Dios.

En el año 303 ó 304, el terrible decreto de Diocleciano llegó a la Galia. En cada pueblo se ordenó que cada habitante sin excepción ofreciera sacrificios a los ídolos. "Se les dieron listas a los centuriones de la gente de cada pueblo y estuvieron al pie de los altares de los dioses falsos para forzar a la gente, jóvenes y ancianos, ricos y pobres a ofrecer sacrificio"

No se nos dice sí el nombre de la pequeña Fides fue llamado públicamente, pero la historia dice que un día los soldados romanos fueron a la casa de sus padres para llevarla ante Publio Daciano, el gobernador romano. Algunos dicen que sus padres huyeron, pero cierto o no, Fides estaba sola en la casa cuando los soldados llegaron para llevársela.

Tal vez, mientras caminaba por las calles, recordó a los soldados romanos que llevaron al Salvador por las calles de Jerusalén, camino hacia el Calvario, donde moriría por salvar a la humanidad, y tal vez oró para que el Señor le diera fuerza para seguirle.

"Dios mío, Jesús, ¡dame fuerza y ayúdame a contestar como es debido!"

Estas palabras aparecen en el libro que se escribió acerca de la pequeña Fides.

Aun Publio Daciano fue conmovido cuando la dulce niña fue llevada ante él.

-¿Cómo te llamas? -preguntó en tono amable.

-Fides -contestó la niña.

-¿Cuál es tu religión? -y al preguntarle esto fijó su mirada en la cara de Fides. Ella sabía que su vida dependía de su respuesta, pero el valor que había pedido la fortaleció en ese momento.

-Sirvo a Cristo -dijo.

Aun Publio Daciano no tenía deseos de quitarle la vida y pensó que seguramente ella no comprendía el riesgo que estaba corriendo. Así trató de hacerla razonar.

-Debes dejar esas ideas -le dijo-, sacrifica a la gran diosa Diana, ella es una mujer como tú y te recompensará ricamente.

Si Fides obedecía, no se diría nada más. Tal vez la dejarían ir a su casa en paz. Si rehusaba, la matarían.

No estamos seguros de las palabras exactas que ella pronunció, pero sabemos de la elección que hizo.

Fides -Fe- hizo honor a su nombre y no sacrificó a la diosa Diana.

-No tengo miedo de morir por Cristo -contestó valientemente al gobernador. Pensó en el hermoso hogar que le esperaba y en la brillante corona de mártir que le pertenecería para siempre. Murió con una sonrisa en la carita y toda la gente se maravillaba. Muchos creyeron en Jesús y siguieron con ella el doloroso camino del martirio.

Fides no podía predicar ni enseñar, era demasiado joven y frágil, pero su muerte atrajo a muchas almas. Han pasado más de 1.600 años desde que Fides murió, pero su nombre es recordado y muchos de los lugares de culto de los cristianos modernos han sido llamados "Santa Fe" en memoria de ella.

Algunas veces, en nuestros días, los niños son llamados a testificar por Cristo, como fue llamada la pequeña Fe. Ojalá que su ejemplo sea seguido por todos los cristianos, niños, jóvenes y ancianos, de todo el mundo.

FIEL HASTA LA MUERTE

Durante mucho tiempo, Kumar, un muchachito indio, había rogado a su padre que le permitiera asistir a la escuela de la misión. Finalmente el padre le dijo: “Sí, puedes ir, pero nada tengas que ver con el Dios de los misioneros; debes orar siempre al dios de tu padre”.

Los padres de Kumar, siempre habían adorado a los dioses paganos, y deseaban que su hijo hiciera lo mismo. Pensaron que deseaba ir a la escuela solamente para aprender a leer y escribir. Pero, más que cualquier otra cosa, Kumar quería aprender acerca del Dios que oía las oraciones de los muchachos.

Cuando Kumar pisó el umbral de la puerta de la escuela, preguntó: “¿Pueden recibir un alumno más?” El misionero sonrió, y dijo: “Sí, hijo mío. Aún hay lugar para ti”.

¡Qué feliz se sentía Kumar de estar por fin en la escuela y aprender a leer la Biblia! Eso era lo que más lo alegraba. Muchas veces lo veían mover la cabeza afirmativamente en señal de aprobación mientras leía. Es que realmente creía lo que decía la Biblia.

Muy pronto los maestros empezaron a notar un cambio en Kumar. Ya no era el muchacho sucio que había llegado a la escuela unos meses antes. Ahora su cuerpo y sus ropas estaban siempre limpios. ¡Y cómo le alegraba cantar con los otros muchachos y aprender los versículos de memoria!

Cada noche, cuando Kumar regresaba a su hogar para dormir, llevaba consigo la Biblia que tanto amaba. ¡Cuán cuidadosamente mantenía escondido el Sagrado Libro! Sabía que si su padre lo hallaba, no le permitiría regresar más a la escuela.

Un día, su hermano lo vio leyendo la Biblia y orando. Rápidamente corrió a contárselo a su padre; éste se enojó muchísimo. “¿Qué estás haciendo con ese libro?” le preguntó a Kumar.

Kumar era valiente y, aunque estaba asustado, dijo: “Yo quiero ser cristiano. Estaba orando al Dios del cielo, el cual puede oírme y contestarme”.

Esto era más de lo que su padre podía soportar. Se enojó aún más. “Debes abandonar esas ideas estúpidas —le dijo mientras lo castigaba—. ¿El dios de tu padre no es lo suficientemente bueno para ti?”

Pero el muchacho no podía abandonar sus ideas. Quería ser fiel al Dios del cielo, no importaba lo que ocurriera. Nada de lo que su padre hizo pudo hacerlo cambiar.

Cansado, su padre lo echó del hogar. Kumar corrió a la selva para esconderse. Durante días y días permaneció allí. Por la noche dormía en el suelo con la Biblia debajo de su cabeza como almohada.

Un día, su padre fue a la selva y lo encontró. Lo castigó, y lo castigó, muchas veces. “No quiero verte más —le dijo—. Me olvidaré de que eres mi hijo”.

¡Pobre Kumar! Allí quedó, solo, en la selva. Se debilitó y enfermó. Cuando llamaba pidiendo ayuda, nadie podía oírlo.

Después de varios días, unas personas pasaron cerca y lo encontraron. En seguida lo llevaron al hospital. Los misioneros, al saber la noticia, fueron a verlo. El maestro le preguntó: “¿Estás arrepentido de haberte hecho cristiano?”

Kumar contestó con voz débil: “No, estoy contento de sufrir por Jesús”.

Poco después de esto, Kumar murió; pero no dormirá siempre en su tumba. Pronto Jesús vendrá y le dará la corona de la vida.

¡FUEGO!

Por Jean Walker

DESDE que Daniel recordara, había querido vivir en el campo. Siempre que el papá llevaba a la familia a dar un paseo por el campo, o iban a un picnic el domingo, Daniel preguntaba:

-¿Por qué tenemos que vivir encerrados en un departamento en la ciudad? Me gustaría tener un caballo y una vaca y... y...

-¡Y una casita en un árbol!- terminaba generalmente el papá por él-. Yo sé, hijo. Algún día nos mudaremos al campo y tú tendrás todas esas cosas.

Daniel esperó, y esperó. Parecía que nunca saldrían de la ciudad. Entonces, un domingo, Daniel notó una expresión desacostumbrada en el rostro de su padre.

-Hijo, iremos a dar un paseo después del almuerzo. Mamá y yo tenemos algo que mostrarte -dijo el padre.

Daniel no se hizo rogar, pero no pudo entender el porqué de las sonrisas y miradas misteriosas que se cruzaban entre sus padres a la hora del almuerzo.

Cuando la familia se acomodó en el automóvil y el papá entró en la carretera, Daniel estaba más perplejo que nunca. La mamá puso la mano sobre la suya y le dijo:

-Esperamos que te guste la sorpresa.

El papá condujo por la carretera durante unos veinte minutos, luego tomó una salida que llevaba a un camino mucho más angosto, que corría frente a hermosas casas, con amplios patios cubiertos de césped. Luego cruzaron entre suaves colinas, salpicadas aquí y allá de hermosos robles.

-¡Qué lugar para una casita en un árbol! -pensó Daniel en voz alta cuando atravesaban esa zona.

Pronto llegaron a un pueblecito, y luego a las granjas y las casas de las granjas.

-¡Miren esta casa! -dijo el papá en tono de sorpresa al conducir el automóvil por uno de los caminos de entrada-. Parece estar desocupada.

-¡Es un lugar muy bonito! -dijo sonriendo la madre-. Me gusta la casa blanca con las persianas verdes en las ventanas.

-A mí me gusta el árbol grande que está junto al galpón -dijo Daniel. Casi fue la primera cosa que notó-. Estoy seguro de que me gustaría vivir aquí. ¿Por qué no nos mudamos a esta casa, papá?

Y Daniel miró primero al papá y luego a la mamá.

-Bueno, hijo -respondió el papá hablando en su forma habitual, muy lentamente-. Eso es precisamente lo que haremos si te gusta el lugar.

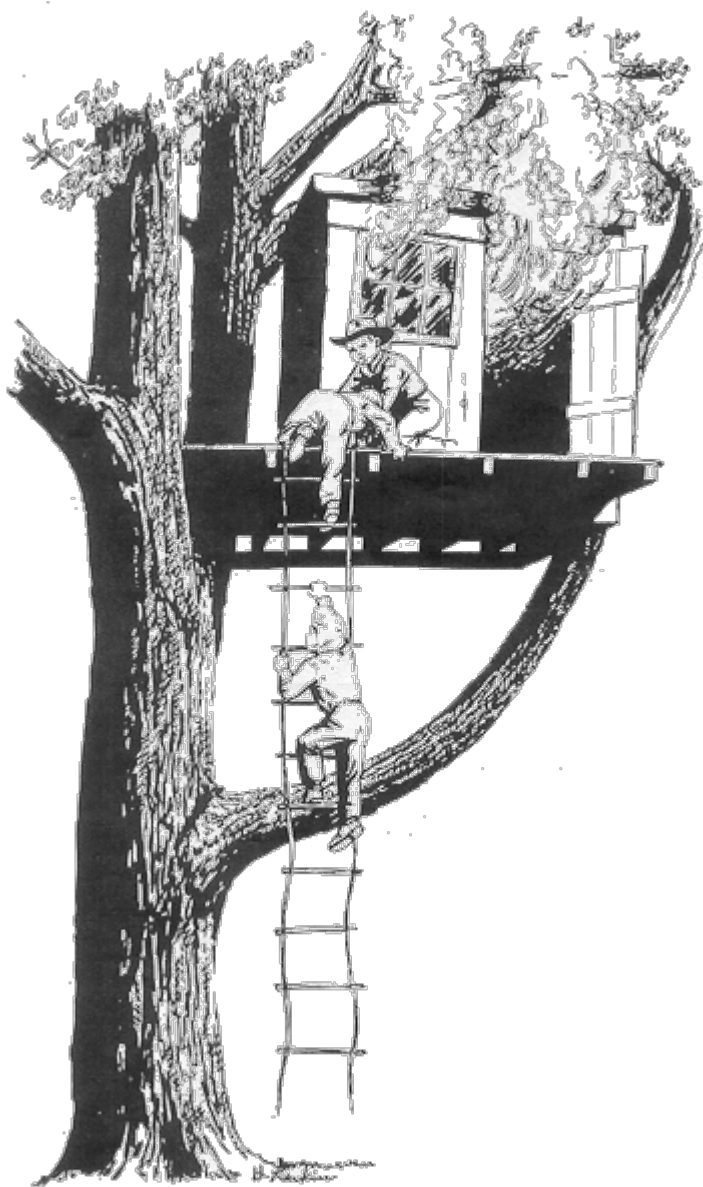
Al principio Daniel no podía hablar. No estaba seguro de haber oído bien.

-¿Quieres decir... quieres decir que podemos mudarnos aquí?

-Sí, señor, ya he hecho algunos arreglos.

-¡Hurra! -dijo Daniel y echó a correr para explorar el maravilloso lugar.

Ahí cerca había vecinos, y Daniel vio a dos muchachos de su edad que jugaban en una casita que



estaba construida en un árbol, cerca del galpón... una casita en un árbol casi como la que él tan a menudo había soñado tener.

Cuando la familia se mudó a la granja, Daniel no tardó en hacerse amigo de los muchachos vecinos, José y Donaldo. Los tres pasaron momentos maravillosos jugando juntos en la casita del árbol. Y hasta hicieron planes de añadirle alguna pieza más.

-¿Por qué no hacemos fuego aquí en la casita del árbol? -sugirió José-. ¿Ven ese caño de plástico? Podíamos ponerlo en el techo y jugar a que es una chimenea. Y podemos hacer el fuego en una lata.

-No creo que debiéramos hacerlo -anunció Daniel sacudiendo la cabeza-. Es peligroso jugar con fuego. Yo no debo jugar con fósforos.

-Tus padres no lo sabrán -añadió José.

Daniel sabía que, desde su casa, la mamá no podía ver la casita del árbol que estaba en el patio de José y Donaldo. Si hacían fuego en una lata, no sería peligroso.

Daniel encontró una lata como de cuatro litros. Donaldo consiguió los fósforos, mientras que José juntó ramitas, hojas y hierbas secas. Entonces los muchachos se subieron al árbol, y se sentaron en derredor de la lata llena de ramitas, hojas y hierba. Donaldo encendió un fósforo, pero se apagó. José encendió otro, y también se apagó. Entonces Daniel encendió dos fósforos a la vez y los aplicó a las hojas que estaban en la lata. Inmediatamente se produjo una bocanada de humo y salió una llamarada. Antes de que los muchachos se dieran cuenta, la casita del árbol se había incendiado.

-¿Qué haremos? -preguntó Daniel mirando a su alrededor en procura de ayuda. ¡Cuánto deseaba no haber accedido a jugar con fuego! Los tres muchachos estaban tan aterrorizados que ni siquiera atinaron a bajar del árbol, hasta que alguien los llamó.

¡Muchachos! ¡Salgan de ahí!

Entonces los muchachos vieron al hermano mayor de José y Donaldo que corría hacia el árbol con una manguera de la cual brotaba agua.

Los aterrados muchachos bajaron del árbol, y el muchacho mayor dirigió el chorro de la manguera que había traído del galpón, hacia la casita en llamas.

-Vi el humo -dijo jadeante.

Pronto el fuego quedó dominado. Se salvaron la casita y el árbol, pero Daniel no tenía más deseos de jugar. Se sentía culpable y desdichado. Tendría que decirle a su mamá lo que había ocurrido.

Cuando Daniel regresó a la casa, la madre escuchó toda la historia. Poniéndole la mano sobre el hombro, le preguntó:

-¿Qué has aprendido de esta experiencia?

-He aprendido que no es prudente jugar con fuego; y... y... como dice la Biblia: "Sabed que vuestro pecado os alcanzará".

-Me alegro porque aprendiste dos buenas lecciones -dijo la madre dándole una palmadita en el hombro-. Pero creo que por ahora es mejor que no vuelvas a esa casita de! árbol.

-¡Pero... , mamá! ... -protestó Daniel.

-Quizás la semana que viene papá tenga tiempo para ayudarte a construir una casita en el árbol de nuestro patio. Cuando esté lista, Uds. pueden jugar en nuestro patio.

-¡Oh, una casita en un árbol para mí! Hay dos cosas que siempre deseé. Una, era mudarme al campo, y la otra, era tener una casita en un árbol en la cual jugar. Mamá, siempre me esforzaré por obedecer.